



# EL CUARTO PODER

## CAPÍTULO PRIMERO

Se levanta el telon, por esta vez sin metáfora



En Sarrió, villa famosa, bañada por el mar Cantábrico, existía hace algunos años un teatro no limpio, no claro, no cómodo, pero que servía cumplidamente para solazar en las largas noches de invierno à sus pacíficos è industriosos moradores. Estaba construido, como casi todos, en forma de herradura. Constaba de dos pisos à más del bajo; en el primero los palcos, así llamados Dios sabe por qué, pues no eran otra cosa que unos bancos rellenos de pelote y forrados de franela encarnada colocados en torno del antepecho: para sentarse en ellos era forzoso empujar el respaldo, que tenía visagras de trecho en trecho, y levantar al propio tiempo el asiento: una vez dentro se dejaba caer otra vez el asiento, se volvía el respaldo à su sitio y se acomodaba la persona del peor modo que puede estar criatura humana fuera del potro de tormento. En el segundo piso bullía, gritaba, coceaba y relinchaba toda la chus-

ma del pueblo sin diferencia de clases, lo mismo el marinero de altura que el que pescaba muerzos en la bahía ó el peon de descarga; la seña Amalia la revendedora igual que las que acarreaban «el fresco» á la capital; llamábase á aquel recinto «la cazuela.» Las lunetas eran del mismo aborrecible pelote que los palcos y el forro debió ser tambien del mismo color aunque no podía saberse con certeza. Detras de ellas había, á la antigua usanza, un patio para ciertos menestrales que por su edad, su categoría de maestros ú otra circunstancia cualquiera repugnaban subir á la cazuela y juntarse á la turba alborotadora. Del techo pendía una araña, cuajada de pedacitos de vidrio en forma prismática, con luces de aceite: más adelante se sustituyó éste con petróleo, pero yo no alcancé á ver tal reforma. Debajo de la escalera que conducía á los palcos habia un nicho cerrado con persiana que llamaban el palco de D. Mateo. De este D. Mateo ya hablaremos más adelante.

Pues ha de saberse que en tal lacería de teatro se representaban los mismos dramas y comedias que en el del Principe y se cantaban las óperas que en la Scala de Milán ¿Parece mentira, eh? Pues nada más cierto. Allí ha oído por vez primera el narrador de esta historia aquellas famosas coplas:

Si oyes contar de un náufrago la historia.

Ya que en la tierra hasta el amor se olvida.....

Por cierto que le parecian excelentes y el teatro una maravilla de lujo y de buen gusto. Todo en el mundo depende de la imaginación. Ojalá la tuviese tan viva y tan fresca como entonces para entretenerles á ustedes agradablemente algunas horas. Tambien ha visto el *D. Juan Tenorio*; y sus difuntos untados de harina de trigo, su comendador filtrándose por una puerta atada con cuerdas, su infierno de espíritu de vino y su apoteosis de papel de forro de baúles le impresionaron de tal modo que aquella noche no pudo dormir.

En la sala pasaba, poco más ó ménos, lo mismo que en los más suntuosos teatros de la Corte. No obstante, por regla general se atendia más al espectáculo que en éstos: por que aun no habiamos llegado á ese grado superior de perfeccionamiento, mediante el cual las acciones deben formar grato contraste con el lugar donde se ejecutan; verbi-gracia, charlar en los teatros, reirse y retozar en las iglesias, ir graves, y silenciosos, y patéticos en el paseo,

como sucede, afortunadamente, en Madrid. Ignoro si en Sarrió han subido ya á la hora presente este peldaño de la civilizacion.

Ni se crea que faltaban por eso algunos espíritus lúcidos que se adelantaban á su época y presentían lo que habia de ser el teatro andando el tiempo. Pablito Belinchon era uno de ellos. Tenía abonado siempre, en compañía de otros tres ó cuatro amigos, el palco de proscenio, y desde allí dirigía la palabra á otros señores de más edad, abonados en el palco de enfrente; se decían cuchufletas, se burlaban de la tiple ó del bajo, y se tiraban caramelos y saetas de papel. Por cierto que el público de las lunetas, ajeno todavía á estos refinamientos de la Civilizacion, solía hacerles callar bárbaramente con un enérgico chicheo. Las familias más importantes acostumbraban á entrar en aquellos palcos fementidos despues de abierto el telon, con la misma solemnidad que si penetrasen en una platea del Teatro Real, y por de contado con mucho más ruido: no es posible figurarse bien el horrisono traquido que daba aquel respaldo al ser empujado y aquel asiento al dejarlo caer con ánimo de llamar la atencion.

Digalo sinó la familia que en este momento hace su entrada triunfal en uno de ellos y permanece en pié despojándose de los abrigo, mientras los espectadores divierten por un instante la vista de la escena y la fijan en ellos, hasta que se sientan. Son los señores de Belinchón. El jefe de la familia, D. Rosendo, es un caballero alto, enjuto, doblado por el espinazo, calvo por la coronilla, de ojos pequeños y hundidos, boca grande, que se contraía con una sonrisa mefistofélica, dejando ver dos filas de dientes largos é iguales, la obra más acabada de cierto dentista establecido hacia pocos meses en Sarrió: gasta patillas cortas y bigote, y representa unos sesenta años de edad. Está reputado por el primer comerciante de la villa y uno de los primeros importadores de bacalao de la costa cantábrica. Durante muchos años monopolizó enteramente la venta por mayor de este artículo, no sólo en la villa, sino en toda la provincia, y gracias á ello habia granjeado una fortuna considerable. Su esposa, doña Paula... ¿Pero por qué se despierta tal y tan prolonga lo rumor en el teatro á su aparicion? La buena señora, al escucharlo, queda temblorosa y confusa, no acierta á desembarazarse del abrigo, y su hija Cecilia se vé obligada á quitárselo y á decirle al oído:—Siéntate, mamá! Se sienta, ó por mejor decir, se deja caer sobre el banco y pasea una mirada extra-

viada por el público, mientras sus mejillas se tiñen de vivo carmin. En vano se abanica con brio y procura serenarse; nada: cuantos más esfuerzos hace por alejar la sangre tumultuosa del rostro, más empeño pone la maldita en ocupar aquel lugar visible.

—¡Mamá, qué colorada estás!— le dice Venturita, su hija menor pugnando para no reír.

La madre la mira con expresion de angustia.

—Calla, Ventura, calla—dice Cecilia.

Doña Paula, animada con estas palabras, murmura:

—Esta chiquilla no goza sino en avergonzarme.

Y estuvo á punto de enternecerse y llorar.

Al fin, el público se cansó de atormentarla con sus miradas, sonrisas y murmullos, y fijó de nuevo su atencion en la escena. La congoja de Doña Paula fué cesando poco á poco; pero quedaron restos de ella por toda la noche.

La causa de aquel incidente era el abrigo de terciopelo guardado de pieles que la buena señora se había puesto. Siempre que estrenaba alguna prenda de apariencia brillante, sucedia lo mismo. Y esto no por otra cosa más que porque Doña Paula no era señora de nacimiento. Procedía de la clase de cigarreras. D. Rosendo había tenido amores con ella siendo casi una niña, de los cuales nació Pablito. Así y todo, D. Rosendo estuvo cinco ó seis años sin casarse ni querer oír hablar de matrimonio; pero visitándola en su casa y asistiéndola con dinero. Hasta que al fin, vencido más por el amor del hijo que el de la madre, y más que por todo esto, por las amonestaciones de sus amigos, se decidió á entregar su oscura mano á Paulina. La poblacion no supo del matrimonio hasta después de efectuado: tal sigilo se guardó para llevarlo á cabo. Desde entonces la vida de la cigarrera puede dividirse en varias épocas importantes: la primera, que dura un año, comprende desde el matrimonio hasta «la mantilla de velo.» Durante este tiempo, la señora de Belinchón no se mostró poco ni mucho en público; los domingos iba á misa de alba y se encerraba otra vez en casa. Cuando se decidió á ponerse la antedicha mantilla é ir á misa de once, lo mismo en la iglesia que en las calles del tránsito, la acribillaron á miradas, y se habló del suceso por más de ocho días. El segundo periodo, que dura tres años, comprende desde «la mantilla de velo» hasta «los guantes.» La vista de tal ornamento en las manos grandes y coloradas de la ex-ciga-

rrera, produjo una excitacion indescriptible en el elemento femenino del vecindario; en las calles, en la iglesia, en las visitas, las señoras se saludaban preguntando:—¿Ha visto V?...—Sí, sí, ya he visto.—Y comenzaba el desuello. Viene después el tercer periodo que dura cuatro años, y termina en «el vestido de seda,» que dió casi tanto que murmurar como los guantes, y produjo general indignacion en Sarrió.—Diga usted, Doña Dolores, ¿qué nos queda ya que ver?—Doña Dolores ajaba los ojos haciendo un gesto de resignacion. Por último, el cuarto periodo, el más largo de todos porque dura seis años, termina, ¡oh escándalo! con «el sombrero.» Nadie puede representarse el estremecimiento de asombro que invadió á la villa de Sarrió cuando cierta tarde de feria se presentó Doña Paula en el paseo con sombrero-capota. Fué un verdadero motín. Las mujeres del pueblo se santiguaban al verla pasar y pronunciaban comentarios en alta voz para que los oyese la interesada.

—¡Mujer, mira por tu vida á la Serena que gabarra lleva sobre la cabeza!

Porque hay que advertir que á la madre de Doña Paula, la llamaban la Serena, y á la abuela y á la bisabuela tambien.

Excusado es añadir que desde que la cigarrera subió á la categoría de señora, ni por casualidad la dieron ya su nombre propio.

Al día siguiente, al tropezarse las señoras de Sarrió en la calle, no encontrando palabras con que expresar su horror, se daban por contentas con elevar los ojos al cielo, agitar los brazos convulsivamente y pasar de largo murmurando: «¡¡¡Sombrero!!!»

Ante aquel golpe de audacia que no tiene pareja sino en los de algunos héroes de la antigüedad, Aníbal, César, Gengis-kan, la villa quedó muda y abatida algunos meses. No obstante, cada vez que la buena de Doña Paula aparecía en público con el abominable sombrero en la cabeza ó con cualquier otra prenda propia de su alta jerarquia, era saludada siempre con un murmullo de reprobacion. Y lo original del caso estaba en que ella no protestaba ni en público ni en secreto, ni aun en lo sagrado de la conciencia, contra este proceder malévolo de su pueblo natal: juzgábalo natural y lógico; no se le ocurría pensar que pudiera ser de otro modo; sus ideas sociológicas no le aconsejaban todavia revelarse contra el fallo de la opinion pública. Creía de buena fè que al ponerse los guantes ó el abrigo de pieles ó el sombrero, cometía un acto

reprobado por las leyes divinas y humanas; los murmullos, las miradas burlonas, eran el castigo necesario de esta infracción. De aquí sus temores y congojas cada vez que iba á presentarse en el teatro ó en el paseo, y el rubor que la acometía.

¿Por qué entonces, se me dirá, Doña Paula se vestía de este modo? No serán muy conocedores del corazón humano los que tal pregunten. Doña Paula se ponía el sombrero y los guantes á sabiendas de que iba á pasar un mal rato, como un chico abre el aparador y se atraca de dulce á sabiendas de que enseguida le han de azotar. Los que no se hayan criado en un pueblo, nunca sabrán cuán apetitosa golosina es el sombrero para una artesana.

Era Doña Paula, alta, seca, desgarrada. Cuando jóven había sido buena moza, pero los años, la clausura continua, á la que no estaba avezada, y sobre todo, la lucha que venía sosteniendo con el público para establecer su jerarquía, la habían marchitado antes de tiempo. Todavía conservaba hermosos ojos negros encajados en un rostro de correctas y agradables facciones.

El acto primero tocaba á su fin: se representaba un melodrama fantástico, cuyo nombre no recordamos, donde la compañía había desplegado todo el aparato escénico de que podía disponer. La cazuela estaba asombrada, y acogía cada cambio de decoración con estrepitosos aplausos. Pablito Belinchón, que había pasado en Madrid un mes el año anterior, se reía con incontestable superioridad de aquel aparato y hacía guiños inteligentes á los del proscenio de enfrente. Y para demostrar que todo aquello le aburría, concluyó por volverse de espaldas al escenario y mirar con los gemelos á las bellezas locales. Cada vez que los preciosos anteojos de piel de Rusia apuntaban á una, la muchacha sufría un leve estremecimiento, cambiaba de postura, llevaba la mano un poco trémula al pelo para arreglarlo, sonreía á su mamá ó á su hermana sin razón alguna, se ponía seria de nuevo y fijaba con insistencia y decisión sus ojos en la escena; pero al instante los levantaba rápida y tímidamente hacía aquellos redondos y brillantes cristales que la ofuscaban: al fin concluía por ruborizarse. Pablito, satisfecho, apuntaba á otra belleza. Las conocía como si fuesen sus hermanas, tuteaba á la mayor parte de ellas y de muchas había sido novio: pero la pluma en el aire no era más móvil y tornadiza que él en materia de amores; todas habían tenido que sufrir algún doloroso desengaño; últimamente, hastiado de enamorar á sus vecinas, se había dedicado

á fascinar á cuantas forasteras llegaban á Sarrió, para abandonarlas, por supuesto, si cometian la torpeza de permanecer en la villa más de un mes ó dos.

Habia razones poderosas para que Pablito pudiese disponer á su buen talante del corazon de todas las jóvenes indigenas y aun de las extrañas. Era un apuestísimo mancebo de veinticuatro ó veinticinco años, de rostro hermoso y varonil, de figura gallarda y elegante; montaba á caballo admirablemente y guiaba un tilbury ó un carruaje de cuatro caballos, lo cual nadie sabia hacer en Sarrió más que los cocheros. Cuando se llevaban los pantalones anchos, los de Pablito parecian sayas; si estrechos, era una cigüeña: venia la moda de los cuellos altos, nuestro Pablito iba por la calle á medio ahorcar con la lengua fuera: estilábase bajos, pues enseñaba hasta el esternon.

Estas y otras facultades eminentes hacianle, con razon, invencible. Quizas algunos no hallen enteramente justificada la dictadura amorosa de nuestro mancebo en Sarrió; pero estamos seguros de que las jóvenes de provincia que lean la presente historia, la juzgaran lógica y verosímil.

Cuando bajó el telon, un anciano encorvado, con luenga barba blanca y gafas, se acercó arrastrándose más que andando al palco de los de Belinchón.

—¡D. Mateo! Imposible que V. faltase— exclamó Doña Paula.

—¿Pues qué quiere V. que haga en casa, Paulina?

—Rezar el rosario y acostarse—dijo Venturita.

D. Mateo sonrió con dulzura, y contestó á aquella impertinencia dando á la niña una palmadita cariñosa en el rostro.

—Es verdad que debiera hacer esò hija mia... ¿pero que quieres? si me acuesto temprano no duermo... y luego no puedo resistir á la tentacion de ver estas caritas tan lindas...

Venturita hizo un mohín desdeñoso donde se traslucia la satisfaccion de verse requebrada.

—¡Si fuera V. siquiera un pollo guapo!

—Lo he sido.

—¿El año de cuántos?...

—¡Qué mala, qué mala es esta chiquilla!—exclamó D. Mateo riendo y acometiéndole acto continuo un golpe de tos que le embargó la respiracion algunos momentos.

D. Mateo, anciano decrepito, no solo estropeado por los años,

sino por multitud de achaques adquiridos por una vida harto disipada, era la alegría de la villa de Sarrió. Ninguna fiesta, ningun regocijo público ó privado se efectuaba en el pueblo sin su intervencion. Era presidente del Liceo, sociedad de baile, desde hacía muchos años, y nadie pensaba en sustituirlo por otro; presidia tambien una academia de música de la cual era fundador: era vocal tesorero del Casino de artesanos; la reedificacion del teatro donde nos hallamos á él se debía, y para recompensarle de sus molestias y desembolsos, el Ayuntamiento le habia permitido labrar en el hueco de la escalera el palco cerrado con persiana de que ya hemos hablado. Vivía de su retiro de coronel, estaba casado y tenia una hija de treinta y tantos años á quien seguia llamando «la niña.»

Ni se crea por esto que D. Mateo era un viejo verde. Si lo fuese, el sexo femenino no le demostraria tanta simpatia, ni le guardaria respeto alguno. Su único placer era ver divertidos á los demás, que la alegría reinase en torno suyo; para conseguirlo, hacia esfuerzos increíbles de habilidad, y se molestaba lo indecible. Su imaginacion, puesta al servicio de tal idea, no descansaba un instante: unas veces era un baile campestre el que organizaba; otra vez hacia construir un escenario en el salon del Liceo, y ensayaba alguna comedia; otras, contratava compañías de saltimbanquis ó de músicos. En cuanto se pasaban ocho dias sin que los vecinos de Sarrió se recreasen de algun modo, ya estaba nuestro D. Mateo violento y nervioso, y no paraba hasta lograrlo. Gracias á él, podemos asegurar que no habia pueblo en España, en aquella época, donde la vida fuese más facil y agradable.

Porque los honestos recreos que sin cesar se repetían, engendraban la unión y hermandad en el vecindario. Además, D. Mateo, elemento conciliador por excelencia, formaba gran empeño en destruir todas las malquerencias y rencores que en el pueblo existiesen; al contrario de ciertos seres viles que se complacen en transmitir el veneno de la murmuracion, D. Mateo tenia gusto en ir repitiendo á cada cual lo bueno que de él dijese lo demás:— «Pepita, ¿sabe V. lo que acaba de decirme Doña Rosario del vestido que V. lleva?... que es elegantísimo, muy sencillo y de mucho gusto.» Pepita se esponjaba en su palco, y dirigía una mirada de ternura á Doña Rosario, á pesar de que nunca le habia sido simpática.—Buen negocio ha hecho V. en la partida de cacao de la

viuda é hijos de Villamor, amigo D. Eugenio.—Phs; regular.—En este momento me acaba de decir D. Rosendo que ese negocio se le ha escapado à él de las manos por tonto.» Como D. Rosendo pasa por el primer comerciante de la villa, D. Eugenio no puede menos de sentirse lisonjeado por estas palabras.

Despues de haber charlado algunos instantes con la familia Belinchón, D. Mateo se despide para recorrer todos los palcos, como tenía por costumbre; pero antes dice, dirigiéndose à Cecilia:

—¿Cuándo llega?

La jóven se puso levemente encendida.

—No sè decir à V. D. Mateo...

Doña Paula sonrió con malicia, y vino en auxilio de su hija.

—Debe llegar en la *Bella-Paula*, que ha salido ya de Liverpool.

—Oh, entonces aquí lo tenemos mañana ó pasado... ¿Habrás rezado mucho à la Virgen de las Tormentas, verdad?

—¡Una novena nada menos la ha hecho! Hace días que están seis cirios ardiendo delante de la imagen—dijo Venturita.

Cecilia se puso aun mas colorada y sonrió. Era una jóven de veintidos años, no agraciada de rostro ni gallarda de figura; lo que mas desconcertaba la armonía de aquél, era la nariz excesivamente aguileña. Sin esta tacha quizá no habría sido fea, porque los ojos eran extremadamente lindos, tan suaves y expresivos, que pocas bellezas podían gloriarse de poseerlos tales. Ni alta ni baja, pero el talle desgarbado y los hombros un tanto encogidos. Su hermana Ventura tenía dieciseis años, y aparecía como un hermoso pimpollo, lleno de gracia y alegría: su rostro ovalado parecia hecho de rosas y claveles; apretadita de carnes y pequeña de estatura; tan sabiamente proporcionada por la naturaleza, que parecia modelada en cera; sus manos eran jazmines y sus piés de criolla, celebrados en Sarrió como nunca vistos; la suavidad y tersura de su cutis, vencían à las del nácar y alabastro: sobre la frente, alta y estrecha como las de las venus griegas, de un blanco argentino, caían los bucles de sus cabellos rubios, cuya madeja, tan espesa como dócil y brillante, le tapaba enteramente la espalda hasta mas abajo de la cintura.

—¡Burláte de tu hermana, picarilla; no tardarás en hacer lo mismo!

—¿Yo rezar por un hombre? V. chochea, D. Mateo.

—Ya me lo dirás dentro de poco—repuso el anciano pasando á otro palco á saludar á los señores de Maza.

En esto se acercó Pablito al de sus papàs, trayendo en su compañía á un fiel amigo que merece especial mencion. Era hijo del picador que había en el pueblo y mozo que por su figura podía ser el regocijo de los espectadores en un circo de acróbatas. Nada necesitaba añadir á su persona, ni polvos de harina, ni bermellón, ni tizne para quedar convertido en *clowns*: era un payaso «al natural.» Su nariz vivamente coloreada ya por la naturaleza, sus ojos torcidos, la ausencia de pestañas, su boca de lobo, la disparatada anchura de sus hombros, el arco de sus piernas y, sobre todo, las muecas grotescas con que se acompaña al hablar ó gruñir, provocan la risa, sin más pelucas y afeites. Bien lo sabía Piscis (que así se llamaba ó le llamaban) y de ello estaba fuertemente pesaroso y hasta indignado: para contrarestar estas nativas disposiciones cómicas de su rostro, había determinado no reirse jamás, y cumplía su promesa religiosamente: además, para el mismo efecto acostumbraba sabiamente á entreverar sus palabras con las más ásperas y temerosas interjecciones del repertorio nacional, y varias de su invención particular. Pero esto, en vez de producir el efecto apetecido, contribuía á despertar la alegría entre sus conocidos.

El único que hasta cierto punto le tomaba en serio era Pablito. Piscis y Pablito habían nacido para amarse y admirarse: el punto de conjunción de estos dos astros era el género ecuestre. Piscis, adiestrado por su padre desde niño, era el mejor jinete de Sarriò; por consiguiente, para Pablito la persona más digna de ser admirada. El hijo de D. Rosendo era el chico más rico de la población: para Piscis, debía de ser, claro está, lo más respetable y digno de veneración que había sobre el planeta. Nadie sabía á qué época se remontaba esta amistad; se había visto á Pablito y Piscis eternamente juntos, cuando niños; ya hombres no fué parte á separarlos la diversa posición social que ocupaban. El lugar de reunión de estos jóvenes notables era constantemente la cuadra de Don Rosendo: desde allí, después de celebrar siempre una larga y erudita conferencia, frente á los caballos, con parte teórica y parte práctica, salían á pasear su figura y sus profundos conocimientos por la villa, unas veces cabalgando en briosos corceles; otras una linda *charrette*, Pablito guiando, Piscis á su lado fijo y absorto

en la contemplacion amorosa de los traseros de los caballos; algunas tambien, para dar ejemplo de humildad, caminando sobre las propias piernas.

Pablo se acercó á su familia, retorciéndose de risa.

—¿Qué te ha pasado?—le pregunta Doña Paula, sonriendo tambien.

—Hemos seguido á Periquito á la cazuela y le encontramos mano á mano con Ramona—dijo el jóven, acercando la boca al oido de su hermana Ventura.

—¿Si?... ¿Qué le decia?—preguntó esta con gran curiosidad.

—Pues le decia... (una avenida de risa le interrumpió por algunos momentos). Le decia... «Ramona te amo.»

—¡Ave Maria! ¡A una sardinera!—exclamó la niña riendo tambien y haciéndose cruces.

—¡Si vieras con qué voz temblorosa lo decia, y cómo ponía los ojos en blanco!... Aquí está Piscis, que tambien lo oyó...

Piscis dejó escapar un gruñido corroborante.

En aquel momento, Periquito, que era un muchacho pálido y enteco, de ojos azules y poca y rala barba rubia, apareció en las lunetas. Las miradas de toda la familia Belinchón se clavaron en él sonrientes y burlonas; sobre todo Pablo y Venturita se mostraban grandemente regocijados á su vista. Periquito levantó la cabeza y saludó: la familia Belinchón contestó al saludo sin dejar de reir. Tornó á levantar la cabeza otras dos ó tres veces y viendo aquellas insistentes sonrisas, se sintió molestado y salió al pasillo.

Levantóse nuevamente el telon. La decoracion representaba una cavernas del infierno, aunque no era imposible que alguien creyese que se trataba de la bodega de un barco. El acto comenzaba por un preludio de la orquesta, dignamente dirigida por el Sr. Anselmo, ebanista de la villa. Figuraban en ella como bombardinos el Sr. Matias, el sacristan, y el Sr. Manolo (barbero); como clarines; D. Juan el Salado (escribiente del Ayuntamiento), y Próspero (carpintero); como trompas *Mechacan* (zapatero) y el Sr. Romualdo (enterrador); como cornetines Pepe de la Esguila (albañil) y Maroto (sereno); como fígle, el Sr. Benito el ñato (escribiente de una casa de comercio y fígle de la iglesia). Habia otros cuatro ó cinco muchachos aprendices, que acompañaban. El Sr. Anselmo, en vez de batuta, tenía en la mano para dirigir una enorme llave reluciente, que era la de su taller.

El preludio era muy triste y temeroso; como que estábamos en el infierno. El público guardaba absoluto silencio y esperaba con ansia lo que iba á salir de allí, clavados los ojos en las trampas abiertas en el suelo del escenario. De pronto, de aquella música suave y misteriosa salió un trompetazo desafinado. El Sr. Anselmo se volvió y dirigió una mirada de reprensión al músico, que se puso colorado hasta las orejas; hubo en el público fuerte y prolongado murmullo. De la cazuela salió entonces una voz que gritó:

—Fué Pepe de la Esguila.

Las miradas del público se dirigieron hácia este menestral, que se hizo el distraído sacando la boquilla del cornetín y sacudiéndola; pero estaba cada vez más colorado.

—Si no sabe tocar qué se vaya á la cama—gritó la misma voz.

Entonces el corrido y avergonzado Pepe de la Esguila montó en cólera de pronto, dejó el instrumento en el suelo y alzándose del asiento con los ojos encendidos y agitando los puños frente á la cazuela, gritó:

—¡Ya te arreglaré en cuanto salgamos, Percebe!

—¡Chis, chis! ¡Silencio, silencio!—exclamó todo el público.

—¡Qué has de arreglar, morral! Anda adelante y toca mejor la trompeta.

—¡Silencio, silencio! ¡Qué escándalo!--volvió á exclamar el público.

Y todos los ojos se volvieron hácia el palco del alcalde.

Era éste un hombre de sesenta á setenta años, bajo de estatura y muy subido de color, el pelo bien conservado y enteramente blanco, las mejillas rasuradas, la nariz borbónica, los ojos grandes, redondos y saltones. Parecía un cortesano de Luis XV ó un cochero de casa grande.

Don Roque, que así se llamaba, se revolvió en el asiento y dió una voz.

—¡Marcones!

Un alguacil octogenario se acercó al respaldo del palco con la gorra azul de grande visera charolada en la mano. El alcalde conferenció con él algunos momentos y Marcones subió á la cazuela bajando poco después con un joven en traje de marinero, agarrado del brazo. Ambos se acercaron al palco presidencial.

D. Roque comenzó á increparle, procurando apagar la voz y consiguiéndolo á medias. Se oía de vez en cuando:—«¡Zopenco!»..., «no taneis pizca de educacion».... «animal de bellota».... «¿te figu-

ras que estas en la taberna?» El marinero aguantaba la rociada con los ojos en el suelo.

Una voz gritó desde el patio:

—Que lo lleven á la cárcel.

Pero desde la cazuela contestó otra al instante:

—Que lleven tambien á Pepe de la Esguila.

—¡Silencio! ¡Silencio!

El alcalde, despues de haber reprendido y amenazado ásperamente á Percebe, le dejó volver otra vez á su sitio, con gran satisfacion de la cazuela, que lo recibió con hurras y aplausos.

La orquesta callada un instante, tornó á su infernal preludio; y antes que éste se terminase, comenzaron á salir por las trampas del escenario hasta una docena de diablos con sendas y enormes pelucas de estopa, el rabo de etiqueta y teas encendidas en las manos. Asi como se hallaron sobre el entarimado y cerradas convenientemente las trampas, dieron comienzo, como es lógico, á una danza fantástica; pues bien sabido es de antiguo que no pueden estar juntos cuatro demonios sin entregarse con furor al baile. Los espectadores seguian con extremada curiosidad sus vivos y acompasados movimientos. Un chiquillo lloró: el público obligó á su madre á que lo sacase.

Mas héte aquí que con tanto ir y venir, pasar y rozarse los ministros de Belcebú en aquel no muy amplio recinto, una tea llegó á prender fuego á la peluca de uno de ellos. El pobre diablo, sin dars cuenta de ello, siguió bailando cada vez con más infernal arrebató. El público reía á carcajadas esperando el próximo desenlace de aquel incidente. En efecto, cuando sintió caliente la cabeza más de la cuenta del espíritu maligno, se apresuró á arrancarse la peluca y la careta, quedando al descubierto el rostro de Levita, donde se pintaba el terror.

—¡Levita!—gritó el público alborozado.

El granuja que tenia este apodo, privado de sus atributos infernales, confuso y avergonzado, se retiró de la escena.

Al poco rato empezó á arder otra peluca. Nuevos murmullos y mayor ansiedad por ver la metempsicosis de aquel ángel exterminador. No se hizo esperar; al cabo de pocos minutos la peluca y la careta rodaban por el aire como un encendido cometa.

—¡Matalaos!—gritaron todos. Una inmensa carcajada sonó en el teatro.

—Mátala, no te descubras que te vas á constipar—dijo uno desde la cazuela.

Matalaosa se retiró avergonzado como su compañero Levita.

Todavía ardieron otras dos ó tres pelucas, poniendo á la vergüenza á otros tantos pillastres de la calle que servian de comparsas en el teatro. El baile se terminó al fin sin más incendios.

Una vez sepultados de nuevo en el Averno los demonios que se habian salvado de la quema, se presentaron en la escena un gallardo mancebo, de oficio pastor, á juzgar por la pellica que le tapaba la espalda, y una hermosa doncella de idéntica profesion; los cuales, en el mismo punto, siguiendo el antiguo precepto que obliga á todo pastor á estar enamorado y á toda pastora á mostrarse esquiva, comenzaron su diálogo, donde las quejas amorosas y los tiernos lamentos de él contrastaban con las indiferentes carcajadas de ella.

Alegres y regocijados se hallaban todos, lo mismo los del patio que los de la cazuela, con las sabrosas razones que pasaban en la escena, cuando á la puerta del teatro se oyó una gran voz que dijo:

—D. Rosendo, está entrando la *Bella-Paula*.

El efecto que aquel inesperado grito produjo, fué inexplicable. Porque no solo D. Rosendo se levanta como impulsado por un resorte y se apresura con mano trémula á ponerse el abrigo para salir, sino que por todo el concurso se esparció un fuerte rumor acompañado de viva agitacion que estuvo á punto de interrumbir el diálogo pastoril. Los menestrales del patio lanzáronse acto continuo á la calle: de la cazuela bajaron con fuerte traqueteo casi todos los marineros que allí habia; y de los palcos y butacas salieron tambien numerosas personas. A los pocos minutos no quedaban apenas en el teatro más que las mujeres.

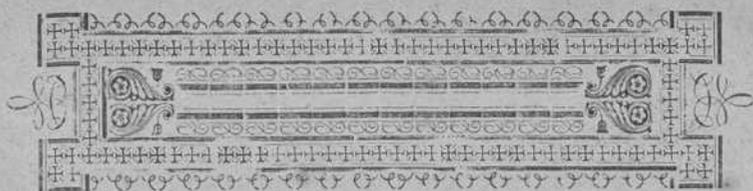
Cecilia se habia quedado inmóvil, pálida, con los ojos clavados en la escena. Su madre y hermana la miraban en tanto con semblante risueño.

—¿Por qué me mirais de ese modo?—exclamó volviéndose de pronto. Y al decir esto se puso fuertemente colorada.

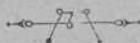
Doña Paula y Venturita soltaron una careajada.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.





## INTERVIEW



(CONCLUSIÓN)

—Aquí me tiene V.; mi General; acaso me haya adelantado, pero la curiosidad, el deseo de saber á qué atenerme... En fin, que V. me dispensará, pero aquí me tiene V.

—Francamente, hubiera preferido que V. esperase á oír mis discursos en el Congreso, allí pienso explayarme y resolver todas las dudas; pero ya que V. se empeña, empiece el examen.

—¡Examen, mi General! Vengo á aprender, y precisamente para aprender estoy aquí. Una discusión tranquila, de butaca á butaca, con sus migajas de interrupción y algún dejo de ergotismo, es más provechosa que esos *debates* parlamentarios que suelen parecerse al cuento de la buena pipa. Así, pues, una vez que ya estoy edificado respecto al grado de democracia (en el sentido restringido de igualdad) que tienen las reformas, que igualmente he podido formar mi juicio acerca de su oportunidad y eficacia bajo el punto de vista de nuestra posición internacional, vamos á enterarnos de lo que V. se promete reformar en el ejército como institución interna, como parte de este organismo llamado Estado. Suplicole

ante todo que me conteste, si gusta, á esta pregunta: ¿Para qué subió V. al Ministerio?

—¡Hombre me gusta la frescura! Pues para hacer esas reformas. ¿O cree V. que no son urgentes, que no es cuestion de vida ó muerte?...

—Un momento. ¿De qué vida ó muerte habla V.? ¿De donde viene el peligro, si no nos reformamos? ¿De afuera ó de dentro? ¿Nos conquistan si no nos enmendamos, ó daremos margen á que algun partido explote por su cuenta el malestar del ejército?

—De todo puede haber, amigo mio; lo más apremiante es, sin duda, el peligro interior; pero á fuerza de desorganizarnos sabe Dios lo que sucederia. Recuerde V. á Polonia.

—Paso por Polonia, pues estoy decidido á pasar por todo; pero así de pronto, como purga de Benito, ¿la receta á qué la aplica usted? ¿Corre prisa estar preparados contra el extranjero X, ó lo que se busca es apartar al ejército de la politica á mano armada? ¿Para qué le llamó á V. el Sr. Sagasta, para lo primero ó para lo segundo?

—Para lo último indudablemente; pero una cosa es consecuencia de la otra. Elevemos el nivel técnico del ejército y se elevará su nivel moral; el oficial y el soldado comprenderán sus deberes...

—Permitame V. recordarle, mi General, que antes me decia usted que las reformas eran cuestion de vida ó muerte.

—¿Y qué, no piensa V. lo mismo? ¿Será V. tan ciego que crea que estamos para seguir el ejemplo de Inglaterra, que con una calma desesperante está remendando la maquinaria vieja, y hoy la abolición de la venta de empleos, mañana medidas para contener la desercion, al día siguiente otras para aumentar los enganches, todo á paso de tortuga, sin que á la fecha su ejército haya perdido la anticuada forma que tenia en la guerra de Crimea? Así está ella alejada de los consejos de Europa y... Pero en fin, y ahora me toca á mí preguntar. ¿Es V. de los que no consideran urgentes las reformas? ¿Cree V. que podemos seguir así un día más?

—Diablo con la pregunta, mi General; pero ya que está hecha, no quedará sin respuesta. Si se trata de reformar la organizacion técnica, digo que no corre tanta prisa: tenemos un buen cuerpo de Artilleria con excelente material, un cuerpo de Ingenieros á la altura de cualquier otro extranjero, una Infanteria adornada de todas sus cualidades tradicionales, y bajo las órdenes de una ofi-

cialidad en gran parte jóven, instruida y experimentada; por último, tenemos una Caballería que, si deja algo que desear, no es por faltas imputables à sus jefes, sino por las malas condiciones del país para el fomento de esta arma; resulta, por lo tanto, que nuestros elementos de combate son buenos, y que, en definitiva, lo que se necesita es agruparlos de una manera más militar y permanente, rompiendo con la antigualla de tener Capitanes generales y Gobernadores militares donde nada útil pueden hacer. Respecto à armamento para las reservas (si las hubiera), plazas de guerra y servicios accesorios, claro es que tenemos muy poco; pero su adquisicion, más que de Guerra, depende de Hacienda. De modo que, si no fuera por ese miedo à los rusos, de que V. me ha contagiado, me atreveria à decir que las reformas de carácter puramente militar podrian, y deberian, llevarse à cabo sin prisa, sin necesidad de un reformador unipersonal y omnisciente; siendo encomendadas, por ejemplo à la Junta consultiva de Guerra, la cual habria de empezar por el principio, es decir, por preguntar à los hombres de Estado las circunstancias y condiciones generales, que deberian concurrir en el nuevo organismo militar, y los medios económicos, que la nacion quiera dedicar à su sostenimiento.

—Pues, amigo mio, debe V. vivir en Babia; váyales V. à los militares con el cuento, y ya verá V. cómo le despachan con viento fresco; hasta la misma gente civil conviene en la urgencia de las reformas.

—La gente civil, mi General, repite lo que oye à los militares, y no siempre se toma el trabajo de entender lo que oye. Precisamente el deber de los militares es explicarse con claridad. ¿Sostendrá nadie que el ejército está tan desmoralizado como la Administracion civil de Cuba? Pues esta Administracion, que ahora se halla en estudio gracias à las genialidades del General Salamanca, es prima hermana de la de la Peninsula, donde ni los tribunales de justicia, ni las Universidades, ni los Municipios, estan servidos por individuos que conozcan y cumplan sus deberes profesionales mejor que los militares; solamente que las faltas de los militares, como se revelan à tiros, hace mucho ruido; son como los ataques epilépticos, que detienen à los transeuntes en rededor del paciente, mientras que la gente pasa sin fijarse al lado de un tísico en quinto grado.

El ejército refleja, y ha reflejado siempre, el estado de la nacion;

le afligen, y le han afijido, los mismos males que á ésta, sino que los expresa segun su genuina naturaleza. Estos males fueron, hasta la Restauracion, intranquilidad politica y pobreza; el primero se ha aliviado notablemente; el segundo sigue en pié. Mientras duró el primero, los sintomas eran el militarismo y la frecuencia de los accesos violentos; hoy el militarismo ha desaparecido, las sublevaciones son insignificantes y el malestar del ejército es comun á todas las clases de la sociedad. Pueden vivir en rigor, y viven bastante satisfechos, los grandes comerciantes, los grandes propietarios, los grandes industriales, los Obispos, los empleados altos y los Generales; pasan las de Cain, para cerrar con tolerable déficit el presupuesto anual, la clase media de todas estas profesiones ó estados sociales desde el tendero al capitán; y viven, ó mejor mueren, al día, los que ocupan los últimos escalones, en que aún se usa levita ó americana de cierto corte. Por eso, concretándonos al ejército, en todas las sublevaciones, desde la Restauracion para acá, no hay más que un Oficial general comprometido, y los jefes y oficiales casi siempre salen de las reservas ó del reemplazo.

Así, pues, VV., los que ocupan las altas posiciones, deberian ser los primeros á extender esta idea; que el ejército no tiene defectos suyos especiales, como se cree generalmente por los paisanos; que el ejército no sufre males especiales, como se cree tambien por los mismos militares.

—¿De modo que segun V., no hay más que decir *ruede la bola?*..

—Nada de eso, mi General; opino, por el contrario, que se debe empujar la bola, y empujarla en buena direccion. Cuando un médico encuentra un enfermo con varios órganos lesionados, empieza por atajar el mal y devolver la salud, la normalidad, al órgano más interesante. El ejército, amparo material del principio de autoridad es un órgano muy esencial; es, digámoslo así, todo el sistema nervioso del Estado. Pero si yo diagnostico anemia en el individuo enfermo, y el desarreglo correspondiente en los nervios, propondré un plan curativo muy distinto, del que V. preconizará, si califica el mal de incapacidad para andar á puñetazos con el vecindario. Y volvemos á las andadas: si V. presume que un día de éstos, convertida España en potencia de primer orden, nos veremos envueltos en esas contiendas europeas, que nada nos importan, comprendo que le enamore el tónico germano, que Francia digiere con dificultad, y que á nosotros nos procuraria un

cólico cerrado; pero si V. tira solamente á que en esta nacion convaleciente, sea el ejército la primera institucion que se restablezca por completo, ni comprendo el método de V., ni lo considero posible, ni puedo perder de vista que la nacion arriesga mucho sin provecho para el ejército. Porque, fjese V. bien en esto, mi General: más que el ferro-carril, más que el armamento perfeccionado, más que el servicio universal obligatorio, ha trasformado el arte de la guerra la revolucion financiera; sólo el dinero, ó lo que es lo mismo, el crédito, ha hecho posible la organizacion militar que nos seduce, y sus grandiosas consecuencias; todo lo que sea pretender crear un ejército sin dinero ó sin crédito nacional, es querer imitar á Prometeo, con la diferencia de que los capitalistas custodian el fuego sagrado mucho mejor que los atrasados dioses del infierno. Por eso la creacion de un ejercito muy numeroso no es cosa de la exclusiva competencia de V.

—Hombre, se me figura que ya hemos convenido en que aquí de lo que se trata es de devolver al ejército la satisfaccion interior, individual y colectiva, en que descansa la disciplina; y para eso lo lógico es volver la vista á los paises donde dicha satisfaccion existe. El ejército aleman, y aun el frances, y todos los demás europeos, no se sublevan; los Gobiernos no tienen esa pesadilla constante; tengamos pues, un ejército á la europea, y de un tiro habremos matado dos pájaros.

—O matará V. al cazador; si pone en sus manos la carabina de Ambrosio. Pero hemos extraviado algo la discusion, y para encauzarla conviene imitar, aunque sea de lejos, la forma escolástica ¿Cuál es la parte esencial de las proyectadas reformas?

—El servicio universal obligatorio; y para abreviar, concederé que lo presento algo adulterado: despues de todo, no trato de ganar patente de demócrata ortodoxo; pero sin el voluntariado, y la redencion para Ultramar, la reforma nacía muerta, y yo quiero que la gallina viva con su pepita, ¡la misma pepita con que vive en la Francia republicana de Boulanger y Clemenceau! Pero ¿me negará V. que levantaré el nivel intelectual y moral del ejército? ¿Me negará V. que realzo su consideracion social?

—¡Pues no lo he de negar! En redondo. En la milicia nacional formaban todas las clases de la sociedad, y ya sabe usted lo que dió de sí. Y la explicacion es muy sencilla. El espíritu de un ejército no reside en los soldados, elementos pasajeros; que son como

los manjares que entran diariamente en el cuerpo vivo, y salen dejando en él su energía vital, pero muy poca materia, la fuerza plástica, la savia de vida orgánica, está concentrada en su elemento permanente, representado por los oficiales. No soy yo quien dice esto; lo dice Röchel, un gran militar alemán, de principios del siglo; y con Röchel todos los activos oficiales del glorioso ejército prusiano repiten hoy: *Der Geist der preussischen Armee sitzt in ihren Offiziers.*

El oficial hace al soldado, no el soldado al oficial; no es el pacífico labrador del Brandeburgo, que, mal sacudidas las mañas del siervo, acude resignado á aprender el oficio, para él repulsivo, de batirse contra sus semejantes, quien infunde á las huestes del viejo emperador esa fiera confianza, que es la mitad de la victoria cuando se alia con la prudencia; no, esa confianza baja de lo alto; empieza en el Soberano, sigue al gran Estado Mayor, se extiende sin debilitarse, antes creciendo como los grandes rios, por toda una oficialidad noble, considerada y satisfecha; y de esa fuente pura y abundante beben el ciudadano acomodado, el industrial despierto, el aldeano robusto y sobrio, y beben, hasta embriagarse, un patriotismo, que á nosotros nos parecería insípido y acaso insoportable no llevando el aderezo de la igualdad latina, que, buena ó mala, nosotros la necesitamos para vivir. Pero lo que no es exclusivamente alemán, lo que es de todos los tiempos y de todos los países, es que los de abajo no hacen á los de arriba, y mucho menos en el ejército, donde la obediencia pasiva apaga el espíritu de crítica, donde la disciplina, en su concepto restringido de respeto á los de mayor grado, contraría toda influencia del inferior sobre el superior. Ahora bien; yo veo que el servicio universal obligatorio tiende, nada más que tiende, ¿estamos?, á traer á las filas un soldado de superior calidad moral, y hasta si V. quiere física; pero no veo que mejore el otro elemento; y entonces en vez de correr el agua hácia abajo, vamos á ver el milagro de que corra hácia arriba. Me dirá V. que todo se andará; pero convenga usted en que siendo urgentísimo remediar el estado precario de los oficiales, es peregrino empezar por reformar al soldado, que, en puridad de verdad, dentro de su condicion está tan bien ó mejor tratado que cualquier otro extranjero, con excepcion del inglés.

—Se me figura que he encontrado el punto flaco de su argumentacion; al parecer, V. es un materialista de tomo y lomo, y ya

veo que despues de tanta palabreria va V. á acabar por hacer coro á *El Correo Militar*: ya oigo *le mot de la fin*, *el delenda est Carthago*; hay que subir el sueldo á los oficiales.

—Pues claro que sí, mi General; claro es que hay que hacerlo en cuanto se pueda.

—Y dígame V., ¿vive el hombre de pan solamente? ¿Pues y la importancia que va á adquirir el elemento militar? Un oficial verá pasar bajo su férula al hijo del título, al futuro diputado, al literato y al profesor de mañana; y todos éstos se descubrirán con veneracion y simpatía cuando divisen una simple estrella que les recuerde el año de su juventud, en que aprendieron el oficio sagrado de saber batirse por independencia de la pátria.

—Mi General, ni V., ni yo, ni nadie cree semejante cosa. Cuando en una compañía llegase á haber media docena de esas futuras eminencias, ya estaba divertido el capitan; lo menos malo que le sucederia seria salir cada domingo en el *Madrid Cómico* ó en *La Avispa*; gracias si, no concediendo á esos señoritos cambiar de cuerpo, no se deshacian de un superior incómodo con un traslado ó un reemplazo. ¡Mire V., mi General, que en España los hombres políticos de importancia ni pagan el tren siquiera! ¡Si V. hubiera visto de cerca la Diputacion provincial de mi tierra en tiempo de quintas! Pero vamos á lo de materialista. Advierto á V. que en la misma Alemania, apesar de la consideracion que allí gozan los oficiales, esos voluntarios de un año dan más de un disgusto por el poco respeto, de que alardean en sitios públicos, cuando se trata de los escasos subalternos, cuya situacion financiera, baja extraccion ó educacion deficiente, constituye á sus ojos una inferioridad, que no compensa la graduacion militar.

En España se haria menos caso de las dos últimas circunstancias; pero lo que es la primera seria decisiva. Y V., que tan fuerte es en estadísticas, ¿me haria el obsequio de decirme cuántos de nuestros oficiales hay á descuento? Porque, no lo dude V., mi General, el escritor mas por lo alto y más romántico que yo conozco en la moderna literatura militar es *Colmar vander Goltz*, y éste dice que para que un oficial tenga todos los requisitos, que el cargo exige, para hacerse respetar de propios y extraños, necesita una frescura de ánimo incompatible con los apuros pecuniarios; *el oficial—añade—ha de renunciar á las riquezas, ha de ser pobre como un raton, pero ha de estar bien alimentado; no ha de tener nada supérfluo, pero no ha*

de faltarle lo necesario. Y ahí tiene V. el motivo por el cual yo trueno, mejor dicho, tronaba (porque desde la discusión del Senado soy todo con V.) contra las reservas, que nunca veremos armadas, vestidas ni equipadas; y que, sin embargo, servirán de pretexto para sostener unos cuadros gigantescos comparados con nuestros recursos; y como la felicidad es la única cosa que crece à medida que aumenta el número de personas entre las cuales se reparte, deduzco yo que cuantos más oficiales haya, menores serán los sueldos que han de disfrutar.

—Dispénseme V. que le diga que eso es una vulgaridad. Por supuesto que estoy al cabo de la calle; V. acaso preferirá un ejército pequeño, probablemente voluntario, mercenario...

—Cepos quedos, mi General; mercenarios lo serán los extranjeros, llamados quizá mañana à pelear contra su patria; más no merecen tal nombre los que, siguiendo una vocacion, arriesgan su vida para ganar el sustento honradamente; V. y yo, por ejemplo, no somos mercenarios. En fin, ahora no se trata de eso, ni aun siquiera de lo que yo haria si ocupase el lugar de V.; probablemente haria alguna tontería. De lo que se trata es de averiguar lo que van ganando, individual ó colectivamente, los oficiales de nuestro ejército con unas reformas que nos alejan del ideal deseado; ó sea, de tener una oficialidad llena de satisfaccion interior, nacida de un bienestar relativo y un trabajo constante y adecuado à la vocacion, con la seguridad de que, así el bienestar como el trabajo serán permanentes, y no estarán à merced de nadie, sino de la voluntad de los interesados, dirigida al cumplimiento del deber; todo lo cual es imposible, cuando en un instituto, que necesita seis personas, se ponen doce ó quince. No pido privilegio de invencion; pero niego rotundamente que con las reformas de V. se consiguiera otra cosa que agravar el mal presente, por cuyo motivo no debe V. extrañar que prefiera el *statu quo*; pues si alambicando, ó mejor aun, amputando el concepto de libertad, se quiere ver en el servicio universal obligatorio la reparacion de una injusticia, ha de ser suprimiendo toda excepcion, toda transacion entre lo actual y lo futuro.

—No le entiendo à V.; hace una hora que estamos hablando, y cada vez combate V. mis proyectos con mayor saña.

—Mi General, yo soy de los que no se creen infalibles, y lo que yo digo es lo que pensaba antes; pero ahora, despues de aquellas reticencias del Senado, no me llega la camisa al cuerpo. Figúrese

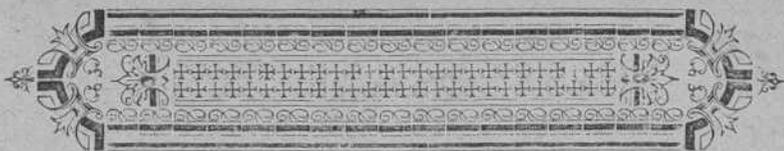
V. que por derecho de conquista tuviéramos á Boulanger de Virrey, ó cosa así: medrados estábamos. Nada, nada, adelante con los 300.000 hombres; nos hacen falta, y punto concluido. Sólo lo siento por lo que va á decir Pando y Valle en la próxima reunion agraria, olvidando que la primera necesidad es evitar que nos conquisten; despues ya comeremos lo que podamos. Nadie se muere hasta que Dios quiere. Cuente usted con mi inutilidad, y muchas gracias por todo.

POR LA COPIA

G. A.

*Diciembre de 1887.*





# CARTA

del R. P. Francisco de la Fuente al R. P. Rector  
de Loyola Andres de Zupide, sobre la vida  
y obras del R. P. Joseph Moret de la  
Compañia de Jesús.

---

Pax Christi etc.

Miércoles doce del corriente á mediodía fué Nuestro Señor servido de llevar para sí, como esperamos, al Padre Joseph Moret, de 72 años y medio de edad, 58 de Compañia, y 43 de profeso de cuatro votos. La causa de su muerte fué una caída en su aposento, dando de cabeza en el suelo, y recibiendo en ella todo el golpe. Vinome á llamar luego su escribiente, y le hallé casi sin sentido; no obstante me dió señales bastantes para absolverle dos veces; y tercera vez hizo lo mismo otro Padre. Diósele la Extrema-Uncion en presencia de toda la comunidad; se le dijo la recomendacion del alma repetidas veces en las tres horas, que duró en su última agonía. No le cogió este repentino accidente al Padre Moret desprevenido; porque era singularísimo el cuidado que traia de su salvacion y aprovechamiento espiritual; y con gran pureza de conciencia se disponia, como para morir, para decir misa; y yendo ya á decirla con toda la preparacion y exa-

de conciencia se dispencia, como para morir, para decir misa; y yendo ya á decirla con toda la preparacion y examen, que acostumbraba su temerosa y pura conciencia, le cogió en tan religiosos deseos y santos pasos nada prevenido este repentino accidente; y se levantaba (aunque muy fatigado de la cabeza) y falto de fuerzas solo por fin de ofrecer este Santo Sacrificio, en el cual experimentaba tanto consuelo, que le oí decir los dias pasados, que no tenia en esta vida otro alivio ni alegria, sino es en decir Misa, y que sentia y experimentaba un aliento que sensiblemente le duraba todo el dia; y probaban bien estos fervorosos deseos de recibir á Nuestro Señor el no dejar dia ninguno de celebrar, con ser así que estos últimos meses tenia mucho que vencer por su debilidad y corta salud. Tomó pocos dias há unos jarábes y píldoras; y solo sentia en este remedio el que se privaba de mayor consuelo, hallándose en cama sin fuerzas para decir Misa, pero con bastantes para vestirse. Bajaba con manteo á la Iglesia á comulgar: daba siempre gracias en el coro, donde tambien á la tarde rezaba el rosario á nuestra Señora. En estos últimos meses, por la fatiga no podia estudiar; y en su aplicacion y laboriosidad fué la mayor mortificacion, que tuvo en esta vida. Gastaba muchos ratos en la Iglesia visitando el Santísimo Sacramento, los altares y otras devociones, y en la leccion espiritual avisando Su Reverencia á quien se la leyese, siendo en esta distribucion exactísimo. En medio de esta debilidad siempre le parecia tenia bastantes fuerzas para el rezo divino; y así aunque le dispensaban ó conmutaban, no podia acabar con su tímida conciencia el quietarse con esta licencia. En la pobreza fué tan observante, que era no solo ejemplo sino confusion, verle cubierto de venerables canas venir á pedir la licencia para cualquier menudencia en particular, sin que jamás diese y recibiese rosa por mínima que fuese sin licencia expresa, ni tampoco á que despues de tener licencia para una alagilla nada preciosa, no le pareciese se habia explicado bastantemente, si no la mostraba al superior. Todas las ocupaciones que le encargó la obediencia las tomó á su cuenta con grande

empeño y exaccion, y fueron muchas y muy varias, por ser muy universales y de mucho esplendor sus prendas. Leyó artes en este Colegio, y teología en Segovia y Oviedo. Fué nombrado Misionero castrense en las guerras de Portugal, en donde hizo mucho fruto, y padeció los trabajos y peligros manifiestos de la vida, que siguen á quien acompaña á los soldados en varios reencuentros. Acrecentole los peligros de la ocupacion su celo de las almas; porque es cierto que en varios choques, dejando el cuartel seguro, que se suele señalar á los capellanes, su celo le señalaba el de la vanguardia; porque allí decia que era donde morian los más, y donde necesitaban de más pronta asistencia, del cual puesto y lugar á mas retirado, no le podian llevar los moribundos, sino és solo los heridos y no de mucho peligro.

Gobernó el Colegio de Palencia y éste de Pamplona con celo y vigilancia, y siempre sirvió mucho con su talento de predicar, el cual no solo era bueno sino és singular en el peso de razones, ponderacion y energia.

Su última ocupacion fué el oficio de *Coronista de este Reino de Navarra*, enriqueciendo sus *Anales* con noticias y erudiciones muy singulares, ganadas no solo de su aplicacion á estas letras, sino és sacadas con mucha laboriosidad de los originales y archivos.

Dió á la imprenta el *Cerco de Fuenterrabia* en lengua latina, que sabia con elegancia y propiedad; en lengua vulgar las *Investigaciones* del tercer tomo de las *Congresiones*, (1) y cuarto el primero de los *Anales de Navarra*; concluyalos con el *segundo*, del cual, tiene yá mucho en limpio para la imprenta; lo demás en apuntaciones; y solo le faltaba lo que és obra de cinco meses. Los seglares han sentido mucho su muerte, y han explicado su senti-

---

(1) Las *Investigaciones* no son parte de las *Congresiones*. Inútil es señalar á los lectores la oscuridad y mala redaccion de este párrafo, que conservamos tal cual vá escrito, por respeto al original. En nuestro concepto la redaccion de este párrafo es *in mente* del autor como sigue: «Dió á la imprenta, primero: *El Cerco de Fuenterrabia* en lengua latina, que sabia con elegancia; en lengua vulgar, segundo: las *Investigaciones*; tercero, el tercer tomo de las *Congresiones* y cuarto, el primero de los *Anales de Navarra etc.*»

miento, asistiendo de todos estados gente muy lucida á darnos el pésame y á su entierro. Los Padres Dominicos asistieran todos, á no tener un *Acto mayor* este día; vinieron muchos y el Superior cantó una de la lecciones; lo mismo hizo el Padre Prior de San Agustín; y asistieron así mismo muchos de su Comunidad. En el Colegio se ha sentido mucho esta muerte; porque era muy amable el trato del Padre Moret por su cortesía y afabilidad con todos; solo nos deja el consuelo muy fundado de que está gozando de Dios. Y por cumplir con mi obligacion suplico á Vuestra Reverencia ordene se le hagan en su Santo Colegio los sufragios acostumbrados, como á difunto de esta Provincia; no olvidando á los que aquí quedamos. Nuestro Señor guarde á Vuestra Reverencia muchos años como deseo y se lo suplico. Pamplona Noviembre 13 de 1687.

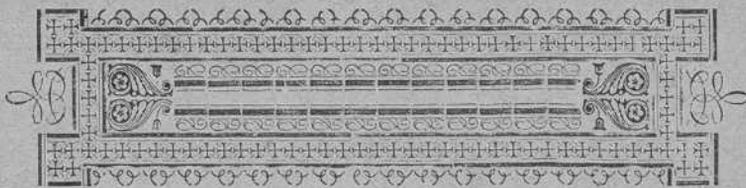
Muy Siervo de V.<sup>a</sup> R.<sup>a</sup>

*Jhs.*

FRANCISCO DE LA FUENTE.

Es copia fiel sacada en 10 de Junio de 1885 por J. I. de A.—  
S. D. de la que existe en el archivo de Loyola.





DOCUMENTOS  
DEL  
**Ateneo de Vitoria.**



*Acta de la sesion celebrada por la Junta Directiva  
del Ateneo cientifico, literario y artistico de Vitoria el dia 8 de  
Diciembre de 1887.*

Reunidos en la sala de Juntas del Ateneo, prèvia convocatoria, los señores D. Odon Apraiz, Presidente; Don Eulogio Serdan, Vicepresidente; D. Ricardo Arellano, Tesorero; D. Ramon Apraiz, Bibliotecario y el Secretario que suscribe se trató y acordó lo siguiente:

Primeramente quedò resuelto que el día 16 del mes corriente se verificase la apertura del nuevo curso, leyendo el Presidente un discurso doctrinal y el Secretario la Memoria histórica del año que fina, de conformidad con las antiguas, respetables y no interrumpidas prácticas consuetudinarias. Mas en atencion á no hallarse articulo alguno en los Estatutos referente á esta sesion, que bien puede por lo mismo llamarse extraordinaria, y te-

niendo en cuenta que el ingreso y salida de cada Directiva se verifica segun el artículo 17 dentro de un año civil ú ordinario, se convino en que la sesion de que se trataba fuese la última del año, á fin de que la Memoria oficial pudiese abarcar la gestion completa de la Junta; razon por la cual convenia que la referida inauguracion se denominase sencillamente del curso de 1888 y no de 1887 á 88.

Tratóse á continuacion del modo de llenar los huecos que de algunos años á esta parte se advertian en la documentacion impresa del Ateneo, interrumpiendo y oscureciendo su brillante historia; y quedò resuelto, despues de varias observaciones, que el infrascrito subsanase las más notables omisiones, encabezando su memoria con una sucinta reseña de los trabajos realizados por el Ateneo, desde la publicacion de la última memoria de que existen ejemplares sueltos ó aparte, y que corresponde al año de 1878.

Y no habiendo más asuntos de que tratar se levantó la sesion, de todo lo cual, como Secretario, certifico

VICENTE GONZALEZ DE ECHÁVARRI.

## ANTECEDENTES.

D. Vicente Gonzalez de Echávarri, Secretario del Ateneo científico, literario y artístico de Vitoria, en cumplimiento del acuerdo de la Junta directiva de 8 de los corrientes, certifico:

Que el día 22 de Noviembre de 1878 se inauguró el curso de 1878 á 79, leyendo el Sr. D. Antolin Burrieza la Memoria escrita por el Secretario general, ausente á la sazón, D. Cesáreo Martínez, y dando asimismo lectura el Sr. D. Fermin Herran á un discurso *sobre los oradores y poetas del Ateneo*, que se insertó en el tomo II de la *Revista de las provincias euskaras*: habiendo resultado elegida en la Junta general ordinaria del mes de Diciembre la Directiva siguiente: Presidente, D. Antolin Burrieza; Vice-presidentes, D. Mariano Capdepon y D. Julian Apraiz; Secretario general, D. Fermin Herran; Tesorero, D. Ricardo Arellano; Presidentes respectivos de Ciencias, Letras y Artes D. Manuel Carvajal, D. Federico Baraibar y D. Marcial Martínez, y Secretarios de dichas secciones D. Francisco Alcarraz, D. Manuel Iradier y D. Pedro Gárate.

El 19 de Diciembre de 1879 se verificó la apertura con un discurso del Sr. Burrieza, que se imprimió aparte, y la Memoria del Sr. Herran, que aparece en el tomo VII de *El Ateneo*. En la Junta general, celebrada siete dias antes, habian quedado suprimidas las tres secciones y un cargo de Vice-presidente; se dió al Secretario el encargo de la Biblioteca, y se creó una plaza de Vice-secretario; quedando á continuacion elegida la Junta siguiente: don Mariano Capdepon, Presidente; D. Eduardo Velasco, Vice-presidente; D. Manuel Iradier, Secretario-Bibliotecario; D. Ricardo Arellano, Tesorero, y D. Francisco Alcarraz, Vice-secretario.

La apertura del curso de 1880 á 81 tuvo lugar el 22 de Noviembre, leyendo el Presidente y Secretario los do-

documentos de costumbre: del primero se hizo tirada, y el segundo se insertó en el referido tomo VII del órgano del Ateneo. Esta revista, que habia cesado en su publicacion en Julio de 1878, reapareció en 1.º de Enero de 1880.

En este último año, la Junta general de Diciembre acordó que el cargo de Bibliotecario volviese á figurar aparte, y se designó la siguiente Junta de gobierno para 1881: Presidente, D. José M.ª Zavala; Vice-presidente, D. José Amores; Secretario-Contador, D. Tomás Mur; Bibliotecario D. Julian Apraiz, y Tesorero D. Ricardo Arellano; leyéndose en la sesion de fin de año una oración inaugural del Sr. Zavala (que fué dada á luz por la Excm. Diputacion provincial) y la Memoria del Secretario, que se publicó en el tomo VIII de *El Ateneo*; habiéndose hecho por este tiempo una nueva edicion del Reglamento.

Reelegida toda esta Junta Directiva en sesion de 31 de Diciembre de 1881, en Junta extraordinaria de 15 de Marzo se nombró Secretario, por ausencia del Sr. Mur, á D. Mario Ureña; pero habiendo tenido tambien que ausentarse este último señor, redactó y leyó la Memoria el Bibliotecario y el discurso el Sr. Baraibar: ambos documentos figuran respectivamente en los tomos VIII y IX de *El Ateneo*.

Celebrada la referida solemnidad el 9 de Diciembre de 1882, el 22 del mismo mes fueron elegidos Presidente, Vicepresidente y Secretario los Sres. D. Antonio Pombo, don Eduardo Velasco y D. Francisco del Rio, (quien marchó en Marzo, sustituyéndole D. Pedro Gárate), siendo reelegidos los señores Arellano y Apraiz en sus respectivos cargos de Tesorero y Bibliotecario.

Los señores Pombo y Gárate llevaron, pues, la representacion legal de nuestra Asociacion en la apertura de cátedras el 27 de Noviembre de 1883, y sus dos trabajos inaugurales forman parte del repetido tomo IX de su revista oficial; así como se contienen *in extenso* en este mismo volumen la sesion poética del 15 de Diciembre, las conferencias dadas en los primeros meses de 1884 por los señores Jimenez, Pombo, Baraibar, Serdan, Apraiz, Itúr-

bide, del Busto, Iradier y Lacalle, y la velada literario-musical del 3 de Mayo; mas habiendo enmudecido definitivamente tan importante revista en el verano de 1884, tampoco ha vuelto á publicarse desde entonces Memoria alguna. Digamos dos palabras acerca de las causas de esta crisis.

Primeramente la Junta del Ateneo, compuesta este año de los señores Jimenez, Baraibar, Itúrbide, Arellano y Apraiz se vió en el caso de ceder sus locales al Excelentísimo Ayuntamiento de Vitoria, como ampliacion de los que ocupó la Exposicion Alavesa con tanto brillo celebrada en el suntuoso edificio del Instituto de 2.<sup>a</sup> enseñanza; siendo esto causa de que fuesen suspendidas nuestras sesiones á principios de Mayo. En segundo lugar, aunque se verificó en Diciembre la acostumbrada sesion de apertura, es de lamentar que el ejemplar de la Memoria del Sr. Itúrbide se haya extraviado, no conservando tampoco este señor borrador alguno. Y por último, las obras que se ejecutaron en 1885 para la instalacion de la Audiencia de lo criminal de esta provincia, fueron parte para que temporalmente perdiese el Ateneo sus locales, hasta su nueva instalacion en los que hoy ocupa, ocurrida á fines de 1885, siempre á expensas de la generosidad é ilustracion de nuestras dignas corporaciones populares. A pesar de todo, el Ateneo siguió su marcha legal con su junta directiva y su sesion final solemnizada con un discurso del presidente Sr. Herran, que se halla impreso, y una Memoria del Secretario Sr. Serdan, inédita; y aun tenemos que registrar en esta reseña unas importantes explicaciones sobre *Fotometría* dadas en Febrero por el Sr. Jimenez en el salon de actos públicos del Instituto.

La Junta Directiva de 1886 la formaron los señores D. Eduardo Velasco, D. Odon Apraiz, D. Mariano Amador, D. Ricardo Arellano y D. Ramon Apraiz, y de la Memoria leida por el Sr. Amador é inserta en el tomo IV de la ILUSTRACION DE ÁLAVA trasladamos las noticias que siguen: El mismo Sr. Amador desarrolló el tema *Unidad sintética del hombre: concepto del alma humana*; D. Vicente Gonzalez Echávarri disertó sobre *Higiene pública y sus*

*aplicaciones á la ciudad de Vitoria; El concepto de la vida* sirvió á D. Gregorio Santibañez para tésis de un discurso; puesta á discusion una memoria del Sr. Amador sobre *Filosofía de la historia* intervinieron en el debate los señores Serdan y Santibañez con el autor de ella, haciendo el resumen el Presidente; y se dieron dos veladas científico-literarias y artísticas en las que tomaron parte los señores Perez, Aramburu, Giménez, Baraibar, Zabala, Terán, Amador, Revest y Gabarda.

El discurso doctrinal del Sr. Velasco, que versò sobre *Sociología*, permanece inédito.

Así resulta de los libros de actas, revistas *El Ateneo*, *Provincias euskaras* é ILUSTRACION DE ALAVA y otros antecedentes y noticias á que me remito. Y á fin de que consten estos datos expido el presente atestado, autorizado con el sello del Ateneo y V.º B.º del Sr. Presidente, en Vitoria á 15 de Diciembre de 1887.

(Hay un sello que dice:

*Ateneo científico, literario y artístico—Vitoria—  
Sapientia edificavit sibi domum.)*

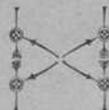
V.º B.º

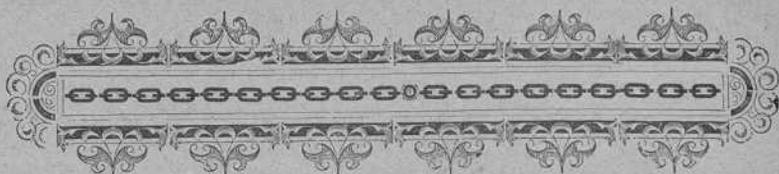
EL PRESIDENTE

EL SECRETARIO

ODON APRAIZ.

VICENTE G. ECHÁVARRI.

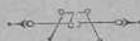




## DISCURSO

leído en la apertura de cátedras del  
ATENEO DE VITORIA  
(curso de 1886 á 1887) por su presidente

D. Eduardo de Velasco y Lopez Cano.



(CONTINUACIÓN.)

La posesion del suelo y la distribucion de la riqueza, deberán fundarse para lo sucesivo, sobre las proposiciones siguientes:

1.<sup>a</sup> El pacto social está fundado única y exclusivamente en el interés individual: de la satisfaccion y proteccion de este, nace el bienestar general.

2.<sup>a</sup> El antiguo axioma que sacrificaba el interés individual al interés general es una anagaza: bajo el pretexto del interés general solo servía para encubrir y disfrazar ambiciones particulares y privilegios de casta. Toda fórmula encuentra su consagracion en los hechos: y es un hecho que nada de lo que puede dañar al interés individual, puede ser provechoso al interés general.

3.<sup>a</sup> En el pacto social, nadie tiene derecho á lo superfluo mientras un solo asociado carezca de lo necesario.

4.<sup>a</sup> El disfrute de los bienes sociales no se legitima sino por el trabajo: lo superfluo es una recompensa social exclusivamente personal, que nadie tiene derecho á transmitir á sus descendientes como premio de ociosidad.

5.<sup>a</sup> A cada uno segun su inteligencia, sus obras ó su produccion.

6.<sup>a</sup> La propiedad del suelo es un derecho social colectivo, dei que el individuo es solo usufructuario.

7.<sup>a</sup> Ninguno puede retener una porcion de tierra mayor que la precisa para atender á sus necesidades y las de su familia.

8.<sup>a</sup> La producción, acumulación y distribución de las riquezas son resultados y hechos sociales, que la sociedad tiene derecho á reglamentar.

9.<sup>a</sup> El capital es un simple medio de producción, inferior al brazo que trabaja transforma y manufactura; solo tiene pues derecho á una mínima parte en los beneficios realizados por la inteligencia y la mano de obra.

10.<sup>a</sup> Nadie tiene más herederos que sus descendientes directos; ni puede transmitir á estos mas que una porción alimenticia.

Tales son las bases generales que han de presidir á la evolución social, segun las expone uno de sus más ilustrados defensores. (L. Jacolliot.)

Bases que como se vé solo se refieren al derecho de propiedad, y á su reglamentación por la Sociedad ó por el Estado.

Pero tratándose de una reforma universal esas bases no resuelven mas que una parte del problema social dejando por tauto sin resolver puntos muy importantes, dentro de ese mismo problema. Es uno de ellos la constitución de la familia. Acerca de este punto la ciencia tiene tambien sus principios deducidos lógicamente de la idea primordial que antes dejamos expuesta: segun la cual el estado de naturaleza es el que nos ha de servir de modelo para la reorganización de la sociedad, actualmente desviada de su origen, y apartada de la ley natural por todo género de corruptelas.

Reconócese desde luego que la ley de la reproducción es la más importante del reino orgánico. Bajo el punto de vista social la unión de los sexos, es decir, el matrimonio, es tambien la institución capital, base y origen de cuantas en la sociedad humana encontramos.

Estudiada esta ley en sus manifestaciones naturales, mediante observación de los hechos que la cumplen entre los seres organizados tenemos que, la proporción entre el número de seres de uno y otro sexo, determina en cada especie la existencia de la monogamia ó de la poligamia; segun que nacen dentro de esa especie menos hembras ó menos machos: si el número de aquellas excede considerablemente al de estos últimos, el animal será necesariamente polígamo; si por el contrario es mucho menor, la poliandria será la ley de la especie; cuando el número de nacimientos en uno y otro sexo se iguala será ley la monogamia.

Establecido este principio y haciendo aplicación de él á la especie humana dedúcese como consecuencia que esta debe ser forzosamente monógama.

La monogamia es la ley de nuestra especie; ley que debe cumplirse no por razón alguna de moral, sino por necesidad natural: por que la naturaleza ha dispuesto que en esta especie nazcan y sobrevivan tantos individuos machos como hembras (así al menos se afirma por los autores que sostienen estas ideas.)

El hombre ha faltado al cumplimiento de esta ley: su especie es la única que ha practicado todas las formas de unión alejándose de las reglas y prescripciones de la naturaleza, destruyendo los principios de su organización y dañando su evolución futura.

Las mismas causas que han falseado el derecho de propiedad,

han falseado también el *derecho de reproducción* en su esencia. La acumulación de las tierras en manos de un corto número de individuos há dado por resultado desposeer á la generalidad de su primitivo derecho á la posesión del suelo: la poligamia concediendo á un solo individuo pluralidad de mugeres, ha privado á otros muchos individuos del ejercicio de su derecho en lo que se refiere á la práctica de sus más nobles facultades.

Ignoramos lo que fué el matrimonio en el hombre primitivo; pero á juzgar por las costumbres de los monos más perfeccionados, colaterales de la especie humana, podemos creer que los primeros representantes de la humanidad fueron monógamos. La necesidad de la mútua defensa en una época en que el hombre se vió rodeado de las más feroces alimañas, debió dominar en nuestro antepasado, los instintos egoístas que le llevaron más tarde á acaparar mugeres como acaparaba la propiedad de las tierras.

El estudio de esta institución en los pueblos más antiguos que menciona la Historia, nos enseña que la forma generalmente establecida para la celebración de las nupcias era el rapto de la muger, práctica que todavía se observa en algunos países. Siendo este un hecho general los historiadores y los etnólogos han tratado de darle explicación por medio de diversas y aun contrarias hipótesis. Pero lo que en ese hecho debemos ver es la noción del derecho de la fuerza, el primero que rigió entre los hombres y dió la norma de sus relaciones individuales como la dá hoy á los pueblos civilizados en lo que se refiere á sus relaciones internacionales. La fuerza fué el primitivo derecho para el hombre: á ella apeló este en todos los tiempos para defender sus intereses: de ella se valió para hacerse dueño de la muger cuya posesión ambicionaba. Después, consagrado este procedimiento por el tiempo, á la vez que modificadas las circunstancias sociales en que el hombre se encontrara, la lucha real, verdadera que en un principio se entabló para realizar las uniones, convirtiéndose en un simulacro de fuerza, en un rapto figurado, ceremonia que sobrevivió como un recuerdo, á las primitivas prácticas usadas para adquirir la propiedad y consagrarla.

Tal es el primitivo derecho: las más antiguas leyes y primeras formas á que aparece sometida la institución del matrimonio: considerado este en su esencia y hecha abstracción de toda fórmula, hemos visto que, para nuestra especie, la ley natural es la monogamia: no obstante lo cual, el hombre ha practicado la promiscuidad, la poligamia, la poliandria y la monogamia. Las naciones civilizadas admitiendo esta última como ley, no han hecho más que reconocer los fueros de la naturaleza. Pero al admitirla no han sabido reglamentarla.

Así como no han sabido impedir la acumulación de la propiedad en pocas manos, tampoco han acertado á evitar que el egoísmo y la corrupción humana, reaccionen mediante la prostitución contra la monogamia. Puede seguramente afirmarse que la prostitución ha nacido de las leyes que rigen el matrimonio, como el pauperismo se ha originado de las disposiciones que reglamentan la propiedad.

Todo hombre debe á la naturaleza y á la sociedad su coopera-

cion en la obra de reproduccion, y no puede sustraerse á este deber en virtud de un derecho individual.

La prostitucion tiene sus causas en el celibato y en la falta de toda penalidad para los delitos de seduccion. En el fondo de toda seduccion hay un crimen que la sociedad debiera castigar con la pena señalada al falsario. Pero la ley que establece la monogamia ha dejado subsistir la poligamia, mejor dicho, la promiscuidad.

Si la sociedad ha de regenerarse es menester decidirse de una vez á reformar esas leyes destructoras de la humanidad. Obliguese á todos los hombres á contraer matrimonio así que hayan llegado á la edad de la pubertad, ó las modernas sociedades sucumbirán como Palmira Ninive, Memfis Ttebas, Babilonia, víctimas de la corrupcion, la decrepitud y la infecundidad. Así se acabará con la prostitucion. Consegnido esto, nada tienen que hacer ya las leyes sociales, su fin estará cumplido. El matrimonio es un contrato natural que como todos los demás, se perfecciona por el mútuo consentimiento; y á los contrayentes corresponde únicamente determinar su forma y su duracion.

Respecto de los hijos, la ley que los divide en legítimos naturales, incestuosos y adulterinos, concediendo todos los derechos de filiacion á los unos dándoselos á los otros solo en parte y negándolos á otros en absoluto, es una ley bárbara y absurda destinada á fomentar la corrupcion y el vicio. Todos los hijos son iguales: todos tienen ante la paternidad iguales derechos. Entre los pueblos salvages, de los cuales se citan á este propósito algunos ejemplos, no se hace distincion de clases, no se diferencian los hijos nacidos de legítimo matrimonio de los nacidos en concubinato, en uniones pasajeras ó en relaciones meramente temporales de los dos sexos. Todos los descendientes de un hombre forman su familia vengan de donde vengan y nazcan como nazcan siempre que la paternidad sea un hecho.

En este punto como en los demas ya enunciados, las costumbres de los salvages deben servir de ley á los Estados civilizados modernos.

Tales son las teorías sustentadas por algunos modernos sociólogos; teorías expuestas por ellos con la más perfecta candidez, y con el entusiasmo propio de quien ha realizado un gran descubrimiento: sobre esas teorías se pretende basar la ciencia social, es decir: las ciencias todas que estudian á la humanidad en su historia en sus leyes, en sus costumbres, en sus instituciones, en todo lo que el hombre tiene de tal y le distingue de los demás seres creados que nosotros conocemos. Atendidos los principios y aspiraciones que esa nueva escuela sustenta mejor pudiéramos decir que se propone destruir todas aquellas ciencias, creacion de cerebros enfermos y de espíritus ambiciosos, para sustituirlas por la Historia Natural como ciencia única dentro de la cual el hombre se estudiará así mismo, como estudia al último de los insectos ó de los zoófitos. Para facilitar este estudio, se cimenta la sociedad sobre el modelo del salvagismo, se suprime toda la historia de la humanidad como conjunto de fábulas estúpidas; relacion de hechos odiosos y museo de instituciones bárbaras injustas y anti-

naturales; y se vuelve á empezar como si estuviéramos en el primer momento de nuestra aparición sobre la tierra, en el primer día de nuestro génesis. Conseguido esto, la Sociedad se habrá salvado: la perfeccion hácia lo que eternamente camina, se habrá alcanzado, con solo retroceder á su origen: ¡extraña solución por cierto! debida sin duda á que el hombre en el instante en que fué creado se halló inmediato á esa perfeccion, y desde entonces se vá alejando de ella al paso de los siglos.

Habiase afirmado ya, con fundamento la necesidad de que las ciencias naturales y morales se uniesen, se asociasen para el completo estudio del hombre. Pero no se habia llegado á la conclusion de que unas ú otras debiesen desaparecer, ó que aquellas debieran absorber á estas: porque esto equivaldría á prescindir en el estudio del todo, del exámen de una de las partes.

CNTINUARÁ

EDUARDO DE VELASCO.





# ESTUDIOS FOLKLÓRICOS

## REFRANES EUSKAROS.

(CONCLUSION)

Es achaque de los más ver los defectos ajenos y no los propios: *la caldera se moja de la mar y ita porque tiene el fondo negro.*

Galdariak topiniari disantza ipur baltz.

¡Qué bien moteja à los pródigos el refrán!

Gauzia dagoenian, pompon, eta ezidagoenian egon.

Que *no es oro tod lo que reluce* saben en Castilla, y no lo ignoran en Vizcaya.

Ezda urria argi egiten daben guztia.

No es superior el magnate que tiene veinte abuelos al infeliz expósito que no sabe el nombre de su padre; pues *todos hemos nacido desnudos.*

Guztiok gera jausuak billosik.

*Aquellos polvos trajeron estos todos* dicen allende el Ebro, y poco más ó menos lo mismo dicen aquende.

Udan bidian egiten dan antza, neguan basa biurtzenda.

El hombre de más mérito es el que estando rodeado de gentes corrompidas no llega à contaminarse.

Ustelarteko zintzua biardan izan eselsidua.

Gran verdad ha sido siempre que *à muertos y à idos no hay amigos.*

Illak eta juanak, astuta gelditzendira geisenak

Por no hacer mas pesado este trabajillo, me limito à apuntar à continuacion algunos refranes más, dejando al lector indulgente el cuidado de traducirlos y comentarlos à su gusto.

Chakur andiak sarrí, bakarrík aginak erakutzi alkarrí.

Geldika geldika atrapauko zaitu gurdí zarrak.

Ez naizu artu ehorisak mozolua legez.  
 Ipuñak eta amesak, dira umen eta zoruen gauzak.  
 Zoruak illten bazaitu, eruak biztuko ezaitu.  
 Goruari ardatzagás eta soluari achurragas.  
 Chomiñek dauka dendia sagar ustelez betia.  
 Asko eta ondo, usuak egia.  
 Urak ekarri eta suak eruan  
 Alan gauzia egitia, da galbayagas ura ekartia.  
 Askoren poza pozuen, amesak oidiran moduen.  
 Zelemiñe zeledon, artu bay eta ez emon  
 Nun ilgo gera, ara juando gera.  
 Urak emetik edo andik bidia egingo danaldaben iskutik.  
 Idisari adarreti eta gizonari berbati.  
 Pagüe edo palagüe da zorrari erantzuteko modue.  
 Jarrileku bigune, ezda guztientzako egiñe.  
 Bostbiden host, beti ogeta bost.  
 Andi eta chiki, geisenak gora dogu hizi  
 Echian norzeindan, ezkatzeko laratzak daki.  
 Dazoni ill bistuë, urrik inork emonezin dauka.  
 Garjaren loriak kenduko dentsu : azkordiñak.  
 Idijak oiñotz biarrian, burdijak aren atzian.  
 Ganorabakuen echian, goiseko sardia arratsian.  
 Chichia nintzan, andia nintzan, Abuztuan buruan nintzan.  
 Arotzen echian zotzeko eskillarak.

VICENTE DE ARANA.

